

que pueden leerse en las historias todas de Inglaterra. Pero como este doctor tenia siempre de reserva alguna declaracion especial, aplicable á los acusados puestos en juicio, tuvo á bien culpar especialmente á la condesa de Derby. — Él habia visto, dijo, á esta respetable dama, cuando estaba él en el colegio de jesuitas de Saint-Omer. Habiale enviado ella á decir que viniese á la posada del *becerro de oro*, para desayunarse con ella. Dijole despues que, sabiendo la mucha confianza que hacian de él los padres de la Compañía de Jesus, se habia resuelto á fiarle sus secretos. Entonces habia ella sacado un cuchillo muy ancho, puntiagudo y bien afilado, como aquellos con que matan los carneros, y le habia preguntado para qué le parecia estaba destinado. Oates habia respondido, con alusion al uso mas natural de instrumentos de esta especie; pero la condesa, dándole un abanicazo en los dedos, le habia trátado de necio, y habia añadido que era para matar al rey.

No pudo sir Geoffrey contener mas tiempo

su sorpresa é indignacion. — ¡Poder de Dios! exclamó; ¿oyóse nunca decir que damas de calidad llevan en el pecho un cuchillo de matar carneros, y que confien al primero que llega proyectos contra la vida del rey? Señores jurados, ¿piensan vms. pueda ser creible cosa semejante? Presente este infame un testigo, hombre de probidad, que declare haber profendido delante de él tales disparates, y me avengo á creer cuanto guste decir despues.

— Sir Geoffrey, dijo el juez, tranquilcese vm. No se debe hablar así. La irritacion no puede favorecer su causa. Prosiga vm., doctor.

Oates añadió que la condesa hablaba con disgusto de las injusticias del rey para con la casa de Derby, de la opresion de su religion, de los proyectos formados por los jesuitas y los clérigos del dicho seminario, entre cuyos superiores debia ser uno de los principales, su noble pariente de la casa de Stanley. Aseguró que la condesa y los padres contaban mucho con los talentos de sir Geoffrey Peveril y de su hijo, por hacer parte este último de la casa

de esta señora. En cuanto á Hudson, todo lo que tenia presente, era haber oido decir á uno de los padres, que, si era enano por la talla, se mostraria gigante por la causa de la Iglesia.

Acabada su deposicion, hubo una pausa; despues de lo que, el juez, como si se le ocurriera el pensamiento de repente, preguntó al doctor Oates, si habia hecho alguna vez mencion de la condesa de Derby en alguna de las declaraciones anteriores, tocante á la conspiracion, ante el tribunal, ó el consejo privado.

Pareció sorprendido Oates al oir esta pregunta, se le encendió el rostro de rabia, y respondió, apoyando sobre cada una de las vocales, segun acostumbraba pronunciar: — Pero... no... milor.

— Dígame vm. si gusta, doctor, replicó el juez, ¿qué razon hay para que un hombre, despues de haber revelado tantos misterios, no haya dicho ni una palabra sobre una circunstancia de tanta monta como la adhesion de esta familia poderosa á la conspiracion?

— Milor, repuso Oates con un descaro in-

creible, yo no vengo aquí para que se pongan en cuestion mis declaraciones sobre la sublevacion.

— No las pongo yo de modo alguno en cuestion, doctor, dijo Scroggs, porque todavía no era tiempo de tratarle con el desprecio que merecia, y no dudo de la existencia de la conspiracion, pues que vm. declaró ser cierta bajo juramento. No deseo mas que, por lo que vm. se debe á sí mismo, y á la satisfaccion de todos los buenos protestantes, nos explique vm. porque ha guardado silencio en un punto de informe sobre que el rey y el pais tenian un grande interés.

— Milor, dijo Oates, contaré con este motivo una fabulita.

— Creo muy bien que será esta la primera que nos ha contado vm. aquí, así como que será la última que nos cuente, respondió el juez.

— Milor, dijo Oates, en cierta ocasion, habia una zorra que necesitaba llevar un ganso por encima de un rio helado, y recelando de la consistencia del hielo, por si acaso no podia resistir su peso y el de la presa, resolvió hacer

la experiencia llevando primero una piedra para probar así la fuerza del hielo.

—Segun eso, dijo sir Williams Scroggs, las primeras declaraciones que vm. hizo no eran mas que la piedra, y ahora nos trae vm. el ganso. Hablándonos vm. así, doctor, trata vm. al tribunal y á los jurados como gansos.

— Suplico á Vuestra Señoría se sirva interpretar mis palabras como es debido, dijo Oates, quien, á vista de que la corriente se declaraba contra él, resolvió hacer frente con su desvergüenza; todo el mundo sabe cuanto me ha costado testificar la verdad, y ser el instrumento en la mano de Dios, para poner alerta esta nacion en cuanto al estado peligroso en que se halla. Bastantes gentes hay aquí que saben me ha sido preciso fortificar mi habitacion de White-Hall para defenderme de los atentados de los papistas sanguinarios. Nadie debia esperar que contara yo la historia de un golpe. Creo muy bien, milor, que su prudencia no me lo aconsejaria.

— No me toca á mí aconsejar á vm. en este asunto, doctor, dijo el juez; y al jurado es á

quien toca examinar si vm. debe ó no ser creído. Yo me siento aquí para administrar justicia con imparcialidad al acusado y al acusador. El jurado acaba de oír mi pregunta y la respuesta que vm. ha dado.

Retiróse el doctor Oates del banco de los testigos ardiendo de despecho, como poco acostumbrado á oír la mas leve réplica contra las deposiciones que hasta entonces habia querido hacer ante los tribunales de justicia, y acaso por la primera vez se oía entre los abogados, procuradores, escribientes y estudiantes letrados que asistian á esta audiencia, un murmullo desagradable contra el padre ilustre de la conspiracion de los papistas. Everett y Dangerfield, ya conocidos de nuestros lectores, fueron llamados á su turno para declarar en apoyo de la acusacion. Eran delatores subalternos, gentes que machacaban el hierro mientras estaba caliente, que seguian la senda trazada por Oates, con toda la deferencia debida á su talento superior é inventor, y que procuraban acordar las ficciones de este con las suyas, tanto como se lo permitian

sus talentos; pero habiéndose ya recibido sus declaraciones con una confianza tan ciega como la que habia logrado del público la impudencia de Oates, habia principiado á desacreditarse mas pronto que su prototipo, como los torreones que sostienen un edificio mal construido, son los primeros que vienen abajo.

En vano Everett, con la precision de un hipócrita, y Dangerfield, con el atrevimiento de un malvado, contaron, con adornos sacados de su imaginacion, el encuentro que tuvieron con Julian Peveril, primero en Liverpool, y despues en el castillo de Martindale. En vano describieron las armas y armaduras que suponian haber descubierto en el castillo de sir Geoffrey, é hicieron un relato espantoso del modo con que Julian Peveril habia sido sacado del arresto de Moultrassie-Hall á mano armada. Oyeron con frialdad sus declaraciones los jurados, y era muy facil ver que la acusacion no les habia causado gran sensacion; tanto mas, cuanto que el juez, renovando á cada instante la protesta de su creencia en la realidad de la conjuracion, y de su celo por la religion pro-

testante, les recordaba tambien que presunciones no eran pruebas; que oír decir no era una cosa cierta, y que quienes tenian por oficio descubrir los traidores, podian auxiliarse para sus averiguaciones del espíritu de invencion, y que sin tener duda alguna del crimen de los infelices acusados que estaban en la barra, quisiera oír contra ellos algunas pruebas de una especie diferente.

— Se nos dice, añadió, que el joven Peveril ha sido sustraído á mano armada de la casa de un grave y digno magistrado, conocido, pienso, de la mayor parte de nosotros. Pues bien, señor fiscal, ¿Porque no hace vm. comparecer al señor Bridgenorth, con todos los de su casa en caso de necesidad, para probar este hecho. La extraccion de un preso por mano armada es un caso demasiado serio, para juzgarle por aquello de oír decir, en boca de estos dos testigos, aunque, ¡no lo permita Dios, que crea yo han dicho una sola palabra sin tenerla por verdadera! Ellos son testigos de oficio, y, lo que estimamos mucho tambien con respecto á la religion protestante, testigos con-

tra una conspiracion pagana y abominable. Pero por nuestra parte, ved ahí un caballero anciano respetable, porque, yo debo suponerle tal, pues que mas de una vez ha derramado su sangre por el rey; ved ahí su hijo, joven de buenas esperanzas: debo cuidar de que se les haga justicia, señor fiscal.

— Sin disputa, milor, respondió el fiscal; ¡No quiera Dios que sea de otro modo! pero vamos á estrechar á estos caballeros un poco mas si gustais permitirnos que continuen los testigos.

— Eso es muy justo, dijo el juez recalándose en su poltrona; libreme el cielo de querer impedir la prueba de la acusacion! Diré únicamente, y vm. lo sabe tan bien como yo, que, *de non aparentibus, et non existentibus eadem est ratio.**

— Llamaremos pues al señor Bridgenorth como lo quiere Vuestra Señoría, dijo el fiscal; debe estar aqui, pronto á comparecer.

— ¡No! respondió en medio de la multi-

* Lo que no se prueba es como si no existiese. — Ed

tud una voz que parecia de muger; es demasiado prudente y hombre de bien para presentarse ahí.

Esta voz era tan clara como lo habia sido la de lady Fairfax, cuando se expresó en el juicio de Carlos I. Pero, en esta ocasion, las diligencias que se hicieron para descubrir la persona que acababa de hablar fueron infructuosas. Despues del momento de confusion ocasionada por este accidente, el fiscal que habia hablado un instante con los consejeros de la corona, dijo al juez: — Sea quien fuere la persona que acaba de darnos esta noticia, no nos engaña; porque acabo de saber que el señor Bridgenorth se ha hecho repentinamente invisible esta mañana.

— Ya ve vm., señor fiscal; dijo Scroggs, lo que resulta de no ocuparse mas en tener á la mano los testigos de la corona, y reunirlos todos; no puedo responder de las consecuencias.

— No puedo yo serlo mas que Vuestra Señoría, milor, respondió el fiscal como resentido. Hubiera probado por la deposicion del señor

Bridgenorth, juez de paz, la amistad antigua que hay entre sir Geoffrey Peveril y la condesa de Derby, sobre las malas intenciones de la que acaba de hacer el doctor Oates una declaración tan concluyente. Hubiera probado que su castillo sirvió á esta dama de asilo, cuando habia una orden de prenderla, y que recurrió á las armas y á la fuerza abierta, para impedir al dicho Bridgenorth que la ejecutase. Hubiera probado ademas contra el joven Peveril el modo con que se hizo extraer á mano armada de la casa de este mismo juez de paz. Hubiera yo....

Al oír esto Scroggs metió los pulgares en el ceñidor, posicion que le era favorita en tal ocasion, y exclamó: — Todo eso es pasmoso, señor fiscal; pero no se nos debe hablar ni de lo que hubiera vm. probado, ni de lo que hubiera vm. podido probar. Pruébenos vm. todo lo que le agrada, pero por boca de testigos competentes. La vida de los hombres no debe estar á merced de las dentelladas de un juriconsulto.

— Y una conspiracion detestable, exclamó

el fiscal, no debe sofocarse por la precipitacion con que Vuestra Señoría trata este asunto. Yo no puedo tampoco presentar al señor Chiffinch; porque la orden expresa del rey le llama por ahora para otra parte, como acaban de hacérmelo saber.

— Preséntense las cartas de que se dice haber sido portador este joven.

— Están en el consejo privado, milor.

— ¿Y por qué las hace vm. bases de la acusacion? Esto es burlarse en algun modo del tribunal.

— Pues que Vuestra Señoría lo toma de ese modo, dijo el fiscal, sentándose enfadado, puede Vuestra Señoría resolver el negocio como mejor le pareciere.

— Si no tiene vm. mas testigos que presentar, invito á vm. que presente al jurado el resumen de las pruebas.

— No me tomaré ese trabajo, milor, veo claramente como van las cosas.

— Piénselo vm. bien. Sepa vm. que su acusacion contra los dos Peveril no está mas que medio probada, y que no lo está de modo alguno

contra ese hombrecito. No siendo el doctor Oates que dice haber oído decir vendría á ser un gigante: es un milagro que costaría mucho trabajo á los papistas, si pensaran hacerle.

Esta ocurrencia dió que reír al auditorio, y se redobló al parecer el resentimiento del fiscal.

— Señor fiscal, dijo Oates, que siempre intervenía en el giro de procesos como este, eso es abandonar completamente, y con gozo una buena causa; debo decir que esto es sofocar la conspiración.

— Pues bien, exclamó el fiscal. ¡Cargue con ella el demonio que la engendró y que le vuelva la vida, si quiere! y arrojando al suelo el acta de acusación, llevado del enojo, se retiró del tribunal, como despedido contra cuantos en él se hallaban.

Habiendo el juez restablecido el silencio, porque se levantó un murmullo cuando arrojó el fiscal la acusación, comenzó á resumir los debates al jurado, pesando, como lo había hecho durante la discusión, las opiniones diferentes que al parecer le arrastraban alterna-

tivamente. Protestó, por la esperanza en su salvación, que le era tan evidente la existencia de la horrible é infernal *conspiración* llamada de los *papistas*, como la traición de Judas Iscariote, y que consideraba la persona de Oates como el instrumento escogido por la providencia para salvar la nación de un abismo de males, en que la hubiera sumergido el asesinato de Su Magestad, y preservarla del azote de un San Bartolomé en Londres. — Pero añadió que el voto bien entendido de las leyes inglesas era que, cuanto mayor es el crimen, tanto mas fuertes deben ser las pruebas. Aquí se dejaban ver los cómplices de un crimen, puestos en juicio, en tanto que el principal culpable, porque así llamaba él á la condesa de Derby, se hallaba en libertad, y no estaba ni aun acusada. En cuanto al doctor Oates, no había hablado sino de cosas que eran privativas á la persona de esta noble dama, cuyas expresiones, si hubiera usado algunas tales, en un momento de extravío, relativamente á la asistencia que esperaba recibir para los proyectos criminales de los dos Peveril, de sus parientes ó de los

parientes de su hijo, de la casa de Stanley, podían no tener otra procedencia que la vana demostración del resentimiento de una muger, *dulces Amarryllidis ira*. ¿Quién sabe además si el doctor Oates, persona de buen parecer, de modales graciosos, no se había engañado tomando por un castigo del poco celo que mostraba por la causa de los católicos, aquel abanicazo que llevó en los dedos? las señoras papistas, se decía, sometían á pruebas severas los jóvenes neófitos que se disponían para recibir los sagrados órdenes. — Hablo de esta circunstancia en un tono jocoso, continuó el juez, porque no pretendo agraviar la buena fama ni de la respetable condesa ni del reverendo doctor, y pienso que lo ocurrido entre ellos por entonces, podía tener otro cualquier objeto que un crimen de alta traición. Quanto á lo que ha dicho el fiscal de la resistencia á la autoridad de extracción á mano armada, y de yo no sé qué, me parece que cuando se verifican tales acontecimientos en un país civilizado, es fácil presentar la prueba de ellos, y que ni vms. ni yo, señores, debemos creerlo con ligereza

sobre oídas. Con respecto á este otro acusado, ese *Galfridus minimus*, debo decir que ni aun veo que se suscite la menor sombra de sospecha contra él. ¿Quién podría creer de criatura semejante, de un aborto, que se zambulliría en lo profundo de la política, y tomaría parte en las estratagemas de guerra? No hay mas que mirarle para convencerse de lo contrario. Su edad le aproxima mucho mas á la tumba que á una conspiración; y su talla como todo su exterior, le presentan mas propio para hacerle ver como una pieza curiosa, que para iniciarle en los misterios de una conspiración.

El enano entonces hizo que se oyera su voz áspera y chillona para asegurar al juez que, tal como le veían, había tomado parte en siete conspiraciones en tiempo de Cromwell, y esto, añadió con altivez, con algunos hombres los mas grandes de Inglaterra. El modo y el tono con que Geoffrey Hudson echó esta baladronada, y de la que no sería posible dar una idea, suscitó en todo el auditorio una risa general, y aumentaron el carácter ridículo que iba

tomando este negocio; de modo que solo apretándose los hijares y llorando de risa, pudieron los espectadores oír la decision unánime del jurado que declaraba inocentes á los tres acusados.

Pero agitó un movimiento de sensibilidad mas viva los corazones de los que vieron al padre y al hijo echarse en los brazos el uno del otro, y, despues de haberse abrazado cordialmente, alargar la mano á su compañerito de peligro, quien como un perro que se halla en escena semejante, habia logrado escurrirse donde ellos estaban, y asegurar una parte de sus felicitaciones ofreciéndoles las suyas.

Tal fué el fin singular de este proceso. Carlos deseaba atribuirse el honor para con el duque de Ormond por la destreza con que se habia eludido la ley, gracias á las astucias que habia imaginado y hecho ejecutar; se sorprendió y mortificó por la frialdad con que Su Señoria le respondió, que se alegraba mucho ver á sus pobres amigos fuera de peligro, pero que hubiera querido los hubiese sacado del apuro como rey, usando del derecho que tenia de hacer

gracia, en lugar de ver á un juez ocultarlos de la accion de las leyes, casi como un jugador de manos escamotea una nuez moscada debajo de un cubilete.